



Luis-Alberto Sánchez

## El último libro de Andrés Eloy Blanco (1)

CUADERNO DE BITACORA



PARA empezar permítaseme una estampa evocadora: yo conocí la poesía de Andrés Eloy en 1923, cuando mi primera visita a Caracas. El no estaba en la ciudad. Había ganado un premio en un concurso poético celebrado en Santander. Jacinto Fombona Pachano me habló del joven maestro con entusiasmo. Poco después, ya de regreso a su tierra, tropezó con las inevitables limitaciones del ambiente dictatorial del gomezolato. Fué a parar con sus flacas carnes a una celda de La Rotunda. Ahí las murallas impiden el eco, pero el canto de Andrés Eloy perforó el robusto recinto. No siempre se requiere de trompetas para derribar los muros de Jericó. Andrés Eloy los hizo estremecer con su canto. Privilegiada garganta: mejor dotada inspiración.

La primera vez que me encontré con Andrés Eloy ya era él personaje de integridad recuperada. Digo, estaba libre su patria, y él manejaba desde el alto sitial de la presidencia de la Asamblea Constituyente, los hilos del debate. Curioso y sintomático: los manejaba con versos. Cuando más arduo se ponía el ambiente, el señor

---

(1) Cuando está en prensa este número de "Atenea", el cable anuncia la trágica muerte, en México, de este gran poeta venezolano. En un próximo número, "Atenea" le rendirá el homenaje que él se merece.

presidente, flaco, perfilado, casi de perenne perfil por la magrura, llamaba a un ujier y enviaba a la sala un misterioso billetito. Se producía el milagro. Sonrisas, pasadas del billete, más sonrisas, de pronto, el orador mismo, después de una ojeada al miracular mensaje, calmaba su ímpetu. Acababa sonriendo. Andrés Eloy, con una prontitud de repentista popular y finura de académico, había concretado en una quintilla o una cuarteta todo el drama polémico, coronándolo con una ironía. Riendas de seda para potros indómitos. En este libro de ahora sucede al revés: música indomable para sentimientos seducidos. Los hijos y la mujer no pueden ser sino de eso, de seda; queden acero y piedra para el combate.

Interrumpo la cadena de la evocación. La antepenúltima vez que me encontré con Andrés Eloy fué en Caracas, despidiéndose de la cancillería que empezaba a regir al comenzar el de Gallegos (aquí Betancourt me lo confirma); la penúltima, en La Habana, como proscrito; la última, hace casi tres años, en México, como reencontrado, en casa de Silva Herzog. De allá acá han transcurrido meses, penas y esperanzas. También músicas: las de este libro.

Se titula *Giraluna* (Editorial Yocoima-Venezuela, México, 1955) y no es en ejemplar mío donde lo leo. Pero, es preciso y corresponde a la sensibilidad de un hombre con cuya actitud interna y externa estamos conforme muchos que ahora juntamos admiración y aprecio. Para información erudita, el volumen tiene 255 páginas y cinco más sin numerar, con índice y demás.

Bello libro, consagración de una vida y una obra limpias. Sin embargo, ¿por qué ha de estar el castigo en la virtud, cuando debiera estar en el pecado? La facilidad melódica de Andrés Eloy es de esas tan contagiosas que pudiera anularse a sí misma, a diferencia de la sequedad a fuerza de trabajo convertida en manantial. Si Andrés Eloy fuera más avaro, y sin retorcer el cuello a la elocuencia, que la suya es emanación natural, exigiera continuos hara kiris a su verso, sería tal vez el más perfecto de todos los del continente, pues en él se adunan la espontánea música de Rubén y hoy los antillanos, una ternura romántica propia de los poetas intimistas y una sólida actitud

moral, que, sin embargo, apenas concede cuartel a los arrebatos civiles. Cuando, en el primer poema, reanuda la tradición de la estrofa de Fray Luis, oigámoslo prodigarse sin medida:

*Cuentos de "aquél" y "aquélla"  
contaría la voz del hostelero,  
del mozo y la doncella  
que allí, en noche de enero,  
ella jugó de altar y él de altarero.*

*Romance de viajero,  
que trae capa, mujer, amor en fuga  
y alibajo el sombrero,  
todo lo que conjuga  
con el querer, cuando el querer madruga.*

.....  
*Viajar, viajar, banquete  
con vino de altamar y pan de nube,  
del casco al gailardete  
silbo de amor que sube  
llamando a la cigüeña y al querube.*

*Viaje como el que tuve  
que hacer de mar a mar, de claro en claro,  
hasta que en ella estuve  
como en lento disparo:  
luna y girando, giraluz del faro.*

.....  
*Amor de ciudadano  
con ciudadana, como Dios lo quiere,  
de Código y cristiano,  
con El que la prospere  
y Ella que cante que el amor no muere.*

.....

*Libro de amor: posada  
para todo lo hambriento y sitibundo,  
y un letrero a la entrada  
le dice al vagabundo:  
—Aquí se fía en la bondad del mundo.*

.....

Con ser deleitosas estas estrofas ligeras, nada del libro iguala a dos de sus poemas: “A un año de tu luz...” (ya conocido), en conmemoración de la madre muerta, escrito en tercetos impecables; y el largo “Canto a los hijos”, donde Blanco ha querido ofrecer todas sus potencias, revelándose dueño y señor del estilo, si bien, a veces, concediendo sin necesidad y en demasía al demonio de la poesía política, que le viene bien cuando improvisa e ironiza (inevitable rima después de tanta y tan bella en la lectura), pero que, cultiparlada, suena distinto, como suena a raro ese apostrofar verbalista de algunas de las últimas composiciones de Neruda, en que el estro se convierte en puño cerrado, y el puño apunta sólo al cielo, invulnerable a humanas amenazas. Andrés Eloy se salva por la ternura profunda. Y hasta a ratos cierta puerilidad consustancial le sirve de aliado. Empieza el “Canto a los hijos” tratando de contenerse y expresarse en culto:

*Tengo dos hijos, tierra, tengo dos hijos, cielo:  
el andar que buscaba para el último paso,  
las alas que pedía para el último vuelo;  
tengo mis dos pastores, igual que Garcilaso,  
para imitar sus quejas cuando le entregue al viento  
mis últimos carneros; las nubes del ocaso.*

La metáfora final salva la forzada cita de Garcilaso, y no es el único caso en que tal ocurra. Si bien, fiándose en la facilidad, cae luego Andrés Eloy en lo prosaico y niño en el IV terceto (“Son de parto cesáreo — no es parto cesariano”). De los tercetos 9 al 13 se

podría decir algo semejante. Claro, no falta quien aplauda la alusión política, pero esta debe ser, si poética, profunda y hasta hecatómbica, de ningún modo croniqueril o solamente melódica. En cambio, la esencia de "Despertar", donde se enfrenta el hombre al destino futuro del hijo, posee una vigorosa densidad, pensamiento aposentado.

"Confesión", otra de las partes, tiene una indudable grandeza:

*Más vale que os confiese de la mejor manera  
lo que, quién sabe cómo, va a contaros cualquiera;  
sabad que soy poeta, hijos míos, un hombre  
que nombra y que camina, sin camino y sin nombre.*

"Los hijos infinitos", "Coloquio bajo el laurel" continúan la marcha ascendente del poema. Luego se repiten los Coloquios bajo distintos señores vegetales. En el del Olivo reaparece el Andrés Eloy popular, lo que da muestras de una actitud de permanente alerta. Por cierto que el tono es de Martí, a quien invoca, el Martí de los "Versos sencillos". Dice Andrés Eloy:

*Por mí, la flor en las bardas  
y la rosa de Martí,  
por mí el combate en la altura  
y en la palabra civil;  
para mí no hay negro esclavo,  
para mí no hay indio vil,  
por mí no hay perro judío  
ni hay español gachupín;  
el bravo ataca el sistema  
y respeta al paladín;  
el Cid abre herida nueva,  
no pega en la cicatriz,  
y es pura la niña mora  
como las hijas del Cid.*

*Por mí ni un odio, hijo mío,  
ni un solo rencor por mí,  
no derramar ni la sangre  
que cabe en el colibrí,  
ni andar cobrándole al hijo  
la cuenta del padre ruin,  
y no olvidar que las hijas  
del que me hiciera sufrir  
para ti han de ser sagradas  
como las hijas del Cid.*

No sé por qué se me figura que Andrés Eloy Blanco, al igual que Rómulo Gallegos, pertenece a la gran familia de los improvisadores perennes. Que lee menos de lo usual entre escritores, por atender las confidencias incesantes de su incansable Musa. En el romance arriba transcrito se echa de ver. Expresiones hay como ésa "el bravo ataca el sistema", y la exigencia de la rima "que cabe en el colibrí", reveladoras de la espontaneidad y, al par, de cierto concomitante descuido en la composición. Por eso mismo, Blanco está entero en sus versos, y su biografía la trazan rimas antes que datos. Por lo general el comienzo de sus poemas es lo excelente. Después como que se fatiga un poco. No como para reducir su auténtica estatura de poeta, ni hacer roma su sensibilidad de sentidor, ni enronquecer la magnífica voz viril con que se encara a la multitud un día, a la intimidad otro. Poeta de la cabeza a los pies, trasuda poesía. Si en veces la destreza le gana, ¿qué tanto si jamás consigue velar siquiera la profunda emoción humana y la delicada melancolía, todo ello música verbal, de quien, sin duda, sostiene entre sus manos el más alto de los poetas venezolanos de nuestro tiempo?